

PAULA VARELA



TERRITORIOS DE SUJETOS PELIGROSOS

La importancia del llamado “poder territorial” en política se pone de manifiesto, recurrentemente, en ocasiones como la actual: en elecciones. El conurbano bonaerense es, sin dudas, el territorio en el que este poder se juega y se luce con más fuerza. De allí, la importancia que asumió para el kirchnerismo debilitado, la estrategia electoral de las candidaturas testimoniales de los intendentes del conurbano. Los barones del conurbano aparecen como la encarnación de la cúspide de una compleja trama de punteros y funcionarios que disputan la hegemonía política a nivel del territorio local. La famosa “pata” territorial del kirchnerismo que se complementa con la otra “pata” (menos firmes que columna vertebral) encarnada en la CGT moyanista. Garantizar los votos de los “pobres” y de los asalariados (en el barrio y en la fábrica) es la tarea del momento para conservar el apoyo popular que detenta el kirchnerismo desde 2003 en adelante. La clase media, especialmente la porteña, está prácticamente perdida, aunque ejerzan su resistencia los intelectuales de Carta Abierta¹ y el “ovacionado” banquero Heller blandiendo la amenaza de la “restauración conservadora” de la mano del ProPeronismo y la Coalición Cívica (sin poder mencionar al menemista Scioli, claro).

Pero además de lugares en las listas, el llamado “poder territorial” genera todo tipo de discusiones político-sociológicas que involucran, necesariamente, tres problemas: el Estado y los recursos que devienen en la obtención de apoyos y votos; el peronismo como el paradigma indiscutido de lo que Steven Levitsky llamó el “partido clientelar” (Levitsky, 2005); y un tema ineludible, el tan mentado “clientelismo político” y la cuestión de la autonomía de las clases subalternas a la hora de hacer política.

¹ Véase en esta misma revista “La intelectualidad argentina. Entre el nuevo conformismo y la restauración”.

Hay, básicamente, tres posiciones sobre estos problemas. La abiertamente “gorila” que, como explicitó en televisión Ricardo Alfonsín estrenando su acuerdo electoral con Elisa Carrió, define a las clases subalternas del conurbano como pre-políticas desterrándolas de la *Polis*. El argumento central de esta posición es, en resumen, que los “pobres” del conurbano no pueden pensar (dadas sus necesidades insatisfechas) y que si lo hicieran, elegirían el contrato moral, la cruz y a Bergoglio, para morirse de hambre pero ir al cielo. La segunda visión es la abierta y orgullosamente peronista que reivindica la “dignidad” del clientelismo como una legítima “política de los pobres” que, necesitados de toda necesidad, optan porque la política consista, fundamentalmente, en la resolución de problemas cotidianos. La tercera visión, que podríamos denominar “progre-no-gorila”, reconoce cierta necesidad del clientelismo pero lo critica y se pregunta por la posibilidad de otra política “desde abajo”. Es bueno aclarar que esta visión progre-no-gorila, puede circunstancialmente ser kirchnerista, aunque hace más de un año comenzó la diáspora hacia la CTA y su alianza con Pino Solanas o hacia el sabbatellismo. Los intercambios y a veces debates entre estas dos últimas posiciones (unidas entre sí por el antigorilismo) han nutrido los blogs políticos, especialmente ahora, en plena campaña electoral (entre los que, a la cabeza de la defensa de la posición peronista está *Deshonestidad intelectual*, mientras *Artepolítica*² se debate entre un apoyo al progre-no-gorila de Sabbatella o desensillar hasta que aclare o poner un huevo en cada canasta).

En este artículo analizaremos estas dos visiones. La peronista, de la mano del sociólogo Javier Auyero, quien ha dado los principales fundamentos sociológicos para la defensa del clientelismo como política de los pobres. La progre-no-gorila, de la mano del también sociólogo Denis Merklen a partir de su crítica al clientelismo y su concepción de la politicidad de las clases populares.

EL GRAN ACUERDO DE ORIGEN: EL TRABAJO YA NO ALCANZA PARA TODOS

Hay un punto de partida común que comparten peronistas y progres-no-gorilas acerca de la importancia vital que ha cobrado el territorio en la política argentina (lo que la sociología llamó la “territorialización de la política”): la afirmación acerca de que, dado el proceso de “desindustrialización” y transformación radical del denominado “mundo del trabajo” en Argentina comenzado con la dictadura militar de 1976, la política de los denominados sectores populares se había *desplazado* hacia los barrios³. La frase que quizás mejor resume esta idea es la acuñada por la CTA:

² En otros blogs como *Ramble Tramble* o *Conurbanos*, también intercambian opiniones sobre el tema.

³ En algunas ocasiones se utiliza también la noción de territorialización para designar la importancia que cobró el territorio local como terreno de piquetes y puebladas en el caso de las pequeñas ciudades del interior del país denominadas *company town* que sufrieron la privatización de las empresas públicas como Cutral C6 y Plaza Huincul –en Neuqu6n–, o General Mosconi y Tartagal –en Salta–. Aunque se utilice el mismo t6rmino indistintamente para ambos fen6menos,

“ahora la fábrica es el barrio”. Tal como expresa Maristella Svampa en su libro *La sociedad excluyente* (2005), “marcado por la desindustrialización, la informalización y el deterioro de las condiciones laborales, este conjunto de procesos fue trazando una distancia creciente entre el mundo del trabajo y el mundo popular urbano, cuyo corolario fue tanto el quiebre del mundo obrero como la progresiva territorialización y fragmentación de los sectores populares. Este proceso, que la sociología argentina contemporánea ha sintetizado como ‘el pasaje de la fábrica al barrio’, señala el ocaso del universo de los trabajadores urbanos, y la emergencia del mundo comunitario de los pobres urbanos” (Svampa, 2005: 160).

En el propio nacimiento de la idea de territorialización de la política está inscripta una operación teórico-ideológica y un presupuesto. La operación es la polarización entre un antes y un ahora opuestos y excluyentes. *Antes* la fábrica *ahora* el barrio; antes los trabajadores *ahora* los pobres o los que viven en los márgenes o los excluidos; antes la cultura del trabajo *ahora* la desafiliación o la vulnerabilidad o la descolectivización. El presupuesto es la aceptación, en mayor o menor medida, de la tesis del fin de la centralidad del trabajo asalariado como “mecanismo de integración social”⁴ (a lo que, cínicamente, alude De Narváez, que toda la vida vivió del trabajo ajeno, cuando dice “antes se podía trabajar y progresar...”).

nosotros nos referiremos exclusivamente a su utilización barrial. En primer lugar porque es esta acepción la que más se ha extendido y la que más desarrollos analíticos y debates ha generado, particularmente como proceso en el conurbano bonaerense. Segundo porque consideramos que la importancia que ha cobrado en determinados momentos el territorio local en el caso de las ciudades del interior, es un fenómeno de naturaleza distinto al ocurrido en el conurbano bonaerense. En el caso del interior, el territorio local (y particularmente la ruta) es el terreno de un enfrentamiento abierto (en general esporádico) con el Estado, que por ejemplo se cobró la vida de Teresa Rodríguez en el sur. En el caso de los barrios del conurbano bonaerense, la relación entre las organizaciones piqueteras y el Estado es más compleja en la medida en que la territorialización es una política que parte desde el Estado (a través de los planes sociales); y las respuestas “desde abajo” (como el surgimiento de organizaciones piqueteras) se desarrollan en la tensión entre el desafío y la institucionalización. Esa diferencia resulta fundamental.

⁴ Permítaseme una breve aclaración sobre el trabajo como “integrador social”. Esta idea, absolutamente naturalizada (para lo cual, el funcionalismo parsoniano de la década del ‘50 hizo su arduo trabajo de naturalización) se funda sobre un período completamente extraordinario en la historia del capitalismo: el *boom* de la posguerra, más de dos décadas en las que, al decir de Eric Hobsbawm “Todos los problemas que habían afligido al capitalismo en la era de las catástrofes parecieron disolverse y desaparecer. El ciclo terrible e inevitable de expansión y recesión, tan devastador entre guerras, se convirtió en una sucesión de leves oscilaciones gracias –o eso creían los economistas keynesianos que ahora asesoraban a los gobiernos– a su inteligente gestión macroeconómica. ¿Desempleo masivo? ¿Dónde estaba, en Occidente en los años sesenta, si Europa tenía un paro medio de 1,5% y Japón un 1,3%? Sólo en Norteamérica no se había eliminado aún. ¿Pobreza? Pues claro que la mayor parte de la humanidad seguía siendo pobre, pero en los viejos centros obreros industriales ¿qué sentido podían tener las palabras de la Internacional ‘arriba parias de la tierra’ para unos trabajadores que tenían su propio coche y pasaban vacaciones pagadas anuales en las playas de España?” (citado en Chingó et al., 1999). Las crisis de 1973-1975 dan por finalizada esta etapa de excepcionalidad y marcan el comienzo de lo que luego conocimos como neoliberalismo.

Surgida en este marco, la idea de la importancia del territorio local en la política argentina, adquiere también otra marca de origen: la definición por la negativa. El barrio para Svampa o el asentamiento para Denis Merklen surgen como el lugar al que fueron confinados los no-trabajadores, al que fueron arrojados los “desafiliados”⁵ (en términos de Robert Castel); es decir, el lugar de la desestructuración social propia de la sociedad “post salarial” o el lugar del no-sujeto. No es que antes no existiera el barrio y no se hiciera política barrial (por ejemplo en las sociedades de fomento), sino que el actual barrio, el de la década del noventa, es el barrio de los desocupados y subocupados, de los que *no* tienen trabajo, los desafiliados. En el prefacio al libro de Denis Merklen *Pobres ciudadanos* (2005), Silvia Sigal destaca no sólo este aspecto negativo, sino también el carácter complementario de los conceptos de desafiliación y de cohesión social y su raigambre en la tradición durkheimniana: “El término ‘desafiliación’ encontró una recepción más que favorable en América Latina, en buena medida gracias a su parentesco con el modo en que la mayoría de los sociólogos pensaron las consecuencias del agotamiento de la forma de desarrollo de posguerra: como una crisis que tuvo y tiene en su centro la desarticulación, la descomposición, la desagregación.... Se configuraba así un nuevo objetivo deseable, la cohesión social, que vendría a dar un suelo social estable a las instituciones democráticas. El bautismo como “lazo social” de las solidaridades aptas para crear esa cohesión fue, creo, uno de los aportes semánticos más exitosos de la ciencia social a la opinión pública. Esta manera de ver las cosas remite a una de las tradiciones sociológicas, que Emile Durkheim representa magistralmente, cuyo reino se extendió con el auge del funcionalismo parsoniano; la otra, interesada en el conflicto, tiene en Carlos Marx su antecedente más notorio” (Sigal, 2005:10).

Ahora bien, este origen teórico-ideológico de la idea de la territorialización de la política presenta un problema de envergadura a la hora de preguntarse por la acción y la organización políticas de las clases subalternas. Dicho de otro modo, ¿cómo hacen política aquellos que están definidos por su exclusión, por su privación, por su desafiliación social? Los gorilas resuelven este problema rápidamente: los excluidos no hacen política. Pero los no gorilas se enfrentan al problema de explicar cómo se hace política por la positiva ¿qué significa el barrio como espacio privilegiado de la política si es allí donde fueron arrojados los no-trabajadores?

LOS “POBRES” TAMBIÉN HACEN POLÍTICA

Las jornadas de diciembre de 2001 marcaron el punto de inflexión de esta perspectiva de pura negatividad y búsqueda de la cohesión perdida. El florecimiento de las organizaciones piqueteras y su protagonismo en la política nacional,

⁵ La noción de desafiliación en Castel intenta dar cuenta de un proceso de desestructuración de la sociedad en su conjunto (a nivel estructural, pero también relacional y de las identidades políticas) a partir del cual se generaría un sector denominado “supernumerario” que designa a aquellos individuos que se encuentran en una situación de des-integración respecto del todo social. (1995). Este sector son los excluidos o los marginados.

produjeron un corrimiento en los estudios académicos en los que comenzó a hacerse foco en el análisis de las características y condiciones de emergencia de la denominada “protesta social” en general, y de la piquetera en particular. Si el primer momento estuvo signado por las descripciones y análisis de la desarticulación de “lo viejo” (la sociedad salarial) y su impacto en miles de hombres y mujeres que habían cambiado, pasivamente, su condición social de asalariados a excluidos, este segundo momento se preguntará por los “nuevos lazos sociales” y las “nuevas formas políticas” que se constituyeron en las grietas de la desintegración del “pasado asalariado” y que constituyeron lo que se llamó “nuevas subjetividades” o al menos “nuevas formas de acción colectiva”. La búsqueda de “lo nuevo” signará este segundo momento.

Será Javier Auyero uno de los primeros (pre 2001, de hecho) que señale la imposibilidad de comprender los cambios en la politicidad de las clases subalternas a partir, exclusivamente, de la desarticulación de la sociedad salarial. Partiendo de aceptar dicha desarticulación, señalará que para comprender el surgimiento de lo que él denomina una “nueva beligerancia” popular es necesario introducir elementos que hacen a la dimensión cultural y a la dimensión política. De allí su preferencia por el marco conceptual de Charles Tilly y su noción de “repertorios de acción colectiva” (Auyero, 2006), a partir de la cual Auyero introduce la importancia de las modificaciones no sólo estructurales sino en las prácticas políticas a nivel local, específicamente las prácticas clientelares como signo de época de la relación entre el Estado y los sectores populares y, por ende, como signo de época del peronismo post “quiebre del mundo obrero”. En definitiva, será Auyero el primero que revierta el carácter negativo que tenía el clientelismo y argumente su carácter de “la política de nuestro tiempo”. Irá delineándose así, un elemento común a diversos autores en este momento de positividad: *el destacado rol que otorgan a la esfera política a la hora de dar cuenta del surgimiento de las organizaciones territoriales*. Si en los análisis previos que dieron surgimiento a la idea de territorialización había una traslación mecánica entre las modificaciones estructurales en Argentina (leídas no como modificaciones sino como ruptura entre “lo viejo” –sociedad salarial integradora– y “lo nuevo” –sociedad excluyente– y la configuración de sujetos socio-políticos (más precisamente, no-sujetos, los excluidos-marginales-desafiliados); ahora, en sentido inverso, aparecía una especie de autonomía de la política que determinaba, independientemente de lo social, una nueva forma de lo político, lo que Auyero llamó “beligerancia popular”. *Lo político* se constituyó en el elemento común que permitió, en los distintos argumentos, explicar la mutación entre la pasividad o la desafiliación y la protesta o la acción colectiva. Será esta esfera de lo político lo que permita restituir “la positividad” a los sectores populares. Como dice Maneiro, “Haber logrado ver lo que resultaba inobservable para las interpretaciones anteriores, haber podido restituir la positividad a las acciones de los sectores populares que, a pesar de su incansable labor, resultaban invisibles a los ojos de los especialistas, es la mayor virtud de conjunto, de estas perspectivas. Así, los sectores subalternos emergen

como actores relevantes, como sujetos activos y no como meras víctimas de una historicidad en la cual nada tienen para aportar” (2008: 7).

Un breve parate antes de continuar. Este cambio de perspectiva y reconocimiento de que “los pobres también hacen política” y de la necesidad de analizarla (que puede parecer un piso demasiado bajo para merecer reconocimiento y, en cierto sentido, lo es) no resulta menor si tomamos en cuenta la preponderancia que asumieron en los noventa los estudios que, desde la ciencia política específicamente, calificaron a las nuevas expresiones de protesta como “anómicas”, “antipolíticas” y “violentas” en nombre del mantenimiento del gobernabilidad⁶. Partiendo de la década del noventa como parámetro, una década de profundo retroceso en el ámbito de la teoría política y social, la consideración de la política “desde abajo” (los levantamientos, los fogoneros, piqueteros, etc.) como una política legítima, resultó un cambio respecto del pensamiento hegemónico en el momento previo. Este cambio, por cierto, no fue gratis: requirió de toda una serie de luchas, enfrentamientos y hasta mártires, que constituyeron los antecedentes de las jornadas de diciembre de 2001. Estamos hablando de los fogoneros del sur del país, el asesinato de Teresa Rodríguez, de Víctor Choque, los piqueteros de Tartagal. Pese a estas luchas surgidas en la segunda mitad de los noventa, fueron recién las jornadas de 2001, las que marcan el punto de giro de los estudios académicos hacia las protestas sociales y, en lo que a nosotros nos interesa especialmente, hacia la importancia del territorio local, el barrio, en esa nueva configuración.

De esta forma, fueron definiéndose los elementos que, junto a los denominados procesos de desafiliación o descolectivización, formarán la tríada sobre la que se desarrolle la noción de territorialización: *las modificaciones en el Estado, en el peronismo y en el propio contexto barrial*.

LA VISIÓN PERONISTA (O “YO BANCO A LOS BARONES DEL CONURBANO”)

Restituida cierta “positividad” a la acción de los sectores populares, la pregunta que sigue es ¿en qué consiste esa la “positividad”?; ¿cuáles son sus

⁶ Una muestra de esta perspectiva es la del politólogo Isidoro Cheresky que afirmó, “Los cortes de ruta que vienen llevándose a cabo desde hace varios años pero que se extendieron considerablemente durante el 2001 denotan un modo de acción con riesgos variados de derivación violenta, que está destinada a presionar sobre las autoridades por medio de la perturbación del orden. El recurso del excluido es recuperar significación por medio del bloqueo. Sin embargo, la organización de este espacio social parece ser extremadamente dificultosa [...] Los saqueos que tuvieron su momento culminante en diciembre de 2001 [...] contribuyeron al desorden y la protesta que provocó la caída del gobierno de F. De la Rúa [...] Existe ahí un fuerte potencial antipolítico y aún de disgregación de los lazos sociales” “Autoridad política debilitada y presencia ciudadana de rumbo incierto” (citado en Merklen, 2005: 38). Hoy, en 2009, *lock out* agrario mediante y crisis económica en sus inicios, este discurso de las conductas anómicas vuelve a cobrar peso tanto para las distintas manifestaciones de protesta social como para la denominada “inseguridad”.

⁷ Frase del blog *Conurbanos*.

potencialidades y sus límites? O dicho en otros términos ¿a qué nos referimos con *lo político* a nivel territorial?

A la hora de abordar estas preguntas hay un tema que se vuelve insoslayable: el *clientelismo* como relación específica entre los miembros de los sectores populares con el Estado y con el peronismo (como partido político y como tradición y/o pertenencia identificatoria). El tema del clientelismo es clave porque, según cómo se lo interprete, se llega a la conclusión que constituye una forma de hacer política *de* los sectores populares o que constituye una forma de dominación “desde arriba” *sobre* los sectores populares (o ambas cosas a la vez). Es Javier Auyero quien primero y con más dedicación se aboque a definir esta cuestión. De allí que sea la fuente inevitable en la que abrevan las visiones peronistas de la política territorial (básicamente del conurbano bonaerense). Auyero pone en el centro de su análisis el clientelismo político para disociarlo de su acepción “gorila” y dotarlo (o al menos intentar hacerlo) de un carácter positivo para las clases subalternas. El eje del argumento es que en el ejercicio del clientelismo, los “pobres” (“clientes”) lejos de ser pasivos, son tan activos como los punteros (“solucionadores de problemas”). Y que, por ende, el clientelismo constituye una forma de la política (tan legítima como cualquier otra) que es propia de los pobres que tienen múltiples problemas que resolver. Para llegar a esta conclusión, destaca la noción de *redes sociales* como la forma relacional por excelencia que adoptan los miembros de los sectores populares entre sí y con los políticos. Estas redes sociales, que se desarrollan situadas territorialmente en el barrio, las que permiten solucionar problemas de todo tipo. La hipótesis fuerte de Auyero (o una de ellas) es que el proceso de desproletarización y de la retirada del Estado en su función de bienestar y la descentralización de los servicios públicos, no trajo únicamente cambios materiales en la vida de los “pobres” (o sea, más pobreza), sino que trajo además, y fundamentalmente, este *cambio relacional* cuya máxima expresión cultural es el clientelismo como la *forma* que asumen las relaciones entre los sectores populares y los políticos en el entramado de las redes sociales. De este modo, Auyero argumenta que el clientelismo político, lejos de ser una forma de la política de “arriba hacia abajo” (con “clientes” pasivos), es la forma que asumen los intercambios recíprocos en los que los sectores populares “clientelizados” calculan, especulan, miden en función de sus intereses. Como él mismo afirma, el clientelismo, en tanto *relación* se sitúa en el “entramado de redes de relaciones y representaciones culturales construidas *diariamente* entre políticos y ‘clientes’. Es en las relaciones donde yace la acción social, y es allí donde debemos dirigir nuestra mirada” (1998: 79).

Ahora bien, estas relaciones tienen un protagonista estelar: el peronismo: “El clientelismo es construido desde el peronismo, se superpone a él, y éste es imbuido por una nueva táctica de poder. Las unidades básicas son los sitios donde esta convergencia entre peronismo y ‘política clientelar’ toma forma; son el soporte organizacional de este proceso” (Auyero, 2001: 230).

El clientelismo asume así un doble carácter: como “nueva táctica de poder” (2001) del PJ, pero también como relación recíproca a partir de la cual

los sectores populares intercambian, obtienen beneficios, “hacen política”. En la convergencia de estos elementos residiría la “política de los pobres”.

Lo que presenta y presentó de hecho un problema en esta argumentación de Auyero es la pregunta por la posibilidad de alguna “política de los pobres” que exceda o que rompa el círculo clientelar. No es que Auyero se hiciera esa pregunta, sino que la pregunta se le impuso cuando surgieron las organizaciones piqueteras, la mayoría de las cuales no eran peronistas e incluso intentaron combatir (al menos al inicio) el clientelismo peronista. Si el clientelismo es la política de los pobres ¿Por qué surge algo por fuera, algo que lo excede, que muestra la pretensión de otra política? Pues bien, la respuesta de Auyero retorna al clientelismo para explicar también lo que lo excede a través de lo que él llama su *debilidad relacional*: “Sin duda, la aceptación no discutida del mundo de la resolución de problemas a través de la mediación política constituye la fortaleza de la posición de los mediadores –en última instancia es la expresión de su legitimidad–. Sin embargo, al mismo tiempo, representa su mayor debilidad. La experiencia dóxica es producto de una relación cercana, cotidiana, fuerte, entre el resolvidor y el detentador de problemas, una relación que debe ser constantemente sostenida y practicada. Este trabajo de mantenimiento de la relación depende de la capacidad que el mediador tenga para sostener la fortaleza del lazo, algo que –aunque no exclusivamente– depende de su capacidad de ‘cumplir’. Esta capacidad es *limitada y dependiente* de otros factores: *limitada* porque el referente puede conseguir trabajos o remedios, realizar un favor ‘esencial’, o asistir a alguien como si fuese parte de su familia, a una cantidad restringida de gente; *dependiente* de la relación que el mediador establezca con terceras partes (el intendente, en este caso) que le da los bienes para distribuir” (1998: 78-79).

De esta forma, la *relación clientelar*, su carácter de *habitus* político de los pobres (2002) explica el pasaje de la “pobreza a la protesta”, es decir, la emergencia de las organizaciones piqueteras que surgen en las grietas y fracciones que la relación clientelar abrió en el seno del propio peronismo, y entre el peronismo y los pobres. Estas grietas se generan porque el clientelismo se basa en la solución de problemas cotidianos, si esto falla (es decir, si los solucionadores de problemas no los solucionan), “los pobres buscan por otro lado”. De allí que sea a partir de esas grietas que puede explicarse el movimiento piquetero. Es más bien el marco de oportunidades políticas –congruente con el concepto de Charles Tilly (2000) de “repertorio de acción colectiva”– la noción que ocupa el lugar de la posibilidad (y realización en este caso) de transformar el “cliente” en “piquetero”. Así Auyero intenta lograr, en lugar de una visión de ruptura entre el antes y el después de las organizaciones piqueteras, entre la pobreza y la protesta, entre punteros-medidores y piqueteros, una visión de continuidad a través del *clientelismo*.

Bien, como es evidente, en relación a la pregunta por los límites de la política de los pobres, la positividad y potencialidad de la política en Auyero, *tiene el techo del propio vínculo clientelar peronista*. Decir esto significa que “la política de los pobres” *tiene el techo del Estado en su forma clientelar, es decir, su forma neoliberal*. La

territorialización es la forma que asume el Estado en el neoliberalismo: barrios asistencializados –lo que Grimson llamó “instituciones totales de la miseria”– y militarizados (el gatillo fácil es expresión de esta forma estatal). De allí que el kirchnerismo (que se construyó discursivamente contra los ‘90) postule, en el discurso, el deseo de reconstruir Estado “de la producción y el trabajo” (como política propia hacia los sectores populares reconocidos como asalariados), al mismo tiempo que garantiza, en los hechos, la efectividad del Estado neoliberal a través de las candidaturas testimoniales de los “intendentes del bienestar”. Auyero establece en ese Estado neoliberal el horizonte de la acción política o el límite de la misma. Si la militancia, la movilización, la acción colectiva volvió a los barrios, lo hizo en los marcos de este clientelismo y, desde su teoría, resulta difícil pensar la ruptura de ese “*habitus*”. Contra las visiones “gorilas” que consideran al clientelismo como sinónimo de “masas amorfas” que se mueven por “el pancho y la coca” (como hemos escuchado repetidas veces en la Argentina del *lock out* agrario), Auyero defiende bien el carácter recíproco y racional del clientelismo político para las clases populares; pero su defensa resulta, al mismo tiempo, en la negación de cualquier potencialidad de la “política de los pobres” por fuera del techo del peronismo neoliberal. La ruptura del clientelismo, como el caso de las organizaciones piqueteras en el conurbano, es para Auyero, la expresión de un momento de crisis de la red clientelar. La “normalidad” de la política de los pobres, es, por tanto, el clientelismo político: la forma de la política de la subsistencia a la que están condenados los sectores populares.

Sabina Frederic, antropóloga y autora de *Buenos vecinos, malos políticos* (2004) lleva esta idea de Auyero hasta su extremo y plantea abiertamente al Estado (y al peronismo en el Estado) como el único productor de subjetividad política de las clases subalternas. Las clases subalternas son tales (en realidad, son vecinos pobres, nunca clases) en tanto y en cuanto el Estado los “reconozca” con recursos materiales y simbólicos: “Los militantes sociales fueron producidos por ese Estado ya a comienzos de los años ‘90 y en desmedro de los militantes políticos acusados de todas las formas de hacer política inmorales, como el clientelismo. Dicha categoría política dio abrigo al reconocimiento del *trabajo barrial* previo y posterior al estallido de la crisis de 2001. Durante el año 2002 el Ministerio de Desarrollo Social además de ofrecer los planes Jefes y Jefas distribuyó para los comedores comunitarios fondos para alimentos, infraestructura y fortalecimiento institucional en el marco del programa FOPAR. [...] Así, el *trabajo barrial* que ocupa a piqueteros y vecinos⁸, implica un sinnúmero de instancias de interacción

⁸ Es importante remarcar esta definición de los piqueteros como una “variante” de punteros. Al respecto Ruth Werner y Facundo Aguirre, en su artículo sobre piqueteros afirman “El discurso oficial acusa a los piqueteros de clientelares. Una gran hipocresía de quienes han creado las redes, han buscado que los movimientos piqueteros reproduzcan su lógica y ahora los defenestran sobre la base de su ‘exitoso’ resultado. Sin embargo, a pesar de que los movimientos de desocupados no lograron sortear la trampa del asistencialismo, no se puede confundir a la organización de los trabajadores más pobres con la búsqueda de su completa atomización que implica la tarea del puntero” (Werner y Aguirre, 2004: 64). La visión de Frederic, abona (de hecho) esta deslegitimación de las organizaciones piqueteras.

con los agentes estatales que autorizan pero también reconocen el ‘trabajo bien hecho’. Es decir que estas organizaciones no escapan a la socialización política que instala cotidianamente el reconocimiento social o político. Los militantes sociales son consagrados en su relación con los agentes políticos estatales que, para reconocerlos, les exigen ser y hacer de un determinado modo. Reciben porque son reconocidos. Reciben dos clases de cosas, mercancía e identidades públicamente reconocidas. Esta última ofrenda incluye el hecho de que a través del reconocimiento de vecinos y piqueteros por el Estado, ellos consiguen la inscripción del barrio en él, es decir la estatalización del barrio, más que su control del territorio como sugiere Merklen” (Frederic, 2008: 211).

Así las cosas, la “política de los pobres” está pensada por el Estado (un Estado nacional a su vez, monitoreado por los organismos multilaterales de crédito), legitimada por el Estado y delimitada por el Estado. Fuera del Estado y del lugar que el Estado haya reservado a las clases subalternas, no hay política posible. La pregunta sobre cómo *se* repolitizaron los sectores populares pierde completo sentido en Frederic porque los *sectores populares no tienen ninguna autonomía* (es decir, subjetividad política propia), es el Estado el que *los* repolitizó bajo sus condiciones e instituciones, a través del “reconocimiento” material (bolsones) y simbólico (militantes sociales). La “positividad” con que Auyero intenta dotar a la política de los pobres bajo su forma clientelar, en Frederic (que lleva a Auyero a su extremo), deviene en una “positividad” tan dependiente del Estado/PJ (dador de recursos materiales y reconocimientos político-sociales) que niega la dimensión positiva de la política de los sectores populares. Lo llamativo del planteo de Frederic es que, partiendo de la elaboración de Auyero (referente indiscutido de la visión peronista sobre la política territorial) llega a una visión que es, en apariencia, contradictoria: un peronismo-gorila. Los “pobres”, en lugar de ser dotados de subjetividad desde la cumbre de la *Polis* griega que habita Carrió, aquí son dotados de subjetividad desde la cumbre del palacio municipal de Curto.

LA VISIÓN DE LOS PROGRES-NO-GORILAS (O “EL CLIENTELISMO MA NON TROPPO”)

Como hemos dicho, Denis Merklen intenta una crítica al clientelismo político como forma específica de la política de los pobres, cuyo eje consiste en argumentar que (pese a los intentos de Auyero de fundamentar lo contrario) en el clientelismo los “pobres” no pueden evitar jugar un rol pasivo marcado por la dependencia respecto del Estado y de sus políticas públicas¹⁰. Dice “El clientelismo es un punto

⁹ Tomado de Ramble Tramble.

¹⁰ Dice “Como consecuencia de un verdadero proceso de desafiliación, las clases populares se encontraron en un estado de creciente dependencia respecto al Estado y a sus rendimientos en materia de políticas públicas. Es sobre todo el caso de aquellos a quienes encontramos hoy viviendo por fuera de todo sistema de protección social y excluidos del empleo. No obstante, poner todo el peso de la explicación del lado de la heteronomía y del clientelismo es desconocer una vez más la

de vista muy fértil para criticar al Estado o al sistema político, porque es cierto que el deterioro de las condiciones de vida limita las posibilidades políticas. El problema viene después, cuando se piensa en cómo construir fuerzas populares. La idea del clientelismo lleva a un callejón sin salida, porque piensa sólo en términos de dominación negando la potencia que existe para liberarse” (Merklen, 2006).

Es a partir de esta consideración que se pregunta (al igual que lo hacen Maristella Svampa y Alejandro Grimson), por aquello que permitiría una política que exceda el clientelismo y que dote a las clases populares (tal como él las llama) de cierta posibilidad de “liberarse”. ¿Cómo se define en Merklen la superación de la política clientelar que en Auyero (y más aún en Frederic) no tiene motivos para ser superada? Es la idea de ciudadanía¹¹, como *status* de derechos universales que reemplacen los derechos sociales que otorgaba la sociedad salarial “perdida”, la que permite en Merklen buscar el horizonte de superación de la política clientelar. De allí que este fundamento sociológico sea utilizado por los que defienden una visión progre-no-gorila, por ejemplo, por Mario Wainfeld, el editorialista de *Página/12*, y que sea muy cercana, también, a los movimientos sociales y a la CTA. Veamos cómo recorre el autor este camino de transformar a los “pobres” de Auyero en “pobres”, pero *ciudadanos*.

El argumento central de Merklen será decir que, pese a que son pobres y pese a que la pobreza restringe la acción política, eso no implica que no sean ciudadanos: “En realidad, son pobres y son ciudadanos, con todas las fuerzas

producción política de los sectores populares durante el período democrático. Indudablemente, el complejo lazo de las clases populares con el peronismo forma parte de su producción política, y es este movimiento el que ha comprendido mejor las transformaciones de la politicidad popular (al mismo tiempo que las orientaba y contribuía a su instalación). El peronismo reconstruye su lazo social con las clases populares principalmente por medio del control del Estado posreformas. Y la clave de la relación de los sectores populares con el Estado se encuentra en el desdoblamiento de este último. Por una parte, representa la conducción centralizada de la economía y de la sociedad en la figura del gobierno nacional. Por la otra, se ha convertido en una estructura compleja y descentralizada en diversos gobiernos locales (aumentando las funciones de municipalidades y provincias). Es a través de estas últimas estructuras territoriales que el peronismo ha sabido recomponer en parte su lazo con las clases populares, pues éstas construyen sus mundos de vida en el seno de los diversos marcos locales” (2005: 40-41). Como sostendremos enseguida, consideramos que la crítica a Auyero no es acorde a los planteos de este autor quien señala, lejos de la idea de apatía, el carácter racional de los pobres urbanos que operan en una relación clientelar que tiene como característica la reciprocidad. A su vez, consideramos también que la propia descripción de Merklen sobre el lazo del peronismo con las clases populares, así como la noción de “lógica del cazador” son concepciones perfectamente compatibles con la de clientelismo en la medida en que analiza la relación entre los miembros de las clases populares (a nivel del individuo) y las instituciones estatales a nivel local y redes territoriales.

¹¹ En esta idea de ciudadanía se manifiesta la visión socialdemócrata-republicana de la que hablamos al inicio, visión que tiene una expresión política en Argentina en el proyecto de Claudio Lozano de un subsidio universal (como derecho ciudadano) que incluya a los desocupados, los precarizados, los trabajadores en negro, es decir, a los trabajadores cuyos ingresos (o falta de ingresos) los mantenga bajo la línea de pobreza. Es decir, ante la evidencia aparentemente inmutable de la existencia de excluidos, la salida sería la búsqueda de su “inclusión” a través de su dependencia de un subsidio estatal.

que esos dos términos tienen. La pobreza, incluso en casos muy duros, no disuelve la conciencia del ciudadano. Cuando uno trabaja con gente de sectores populares ve que tienen una conciencia ciudadana mucho más aguda de lo que podría imaginar a priori” (Merklen, 2006).

Hay dos elementos que son los que posibilitan, según Merklen, el pasaje de la negatividad del marginado a la positividad de “la politicidad de las clases populares”: el territorio local (los asentamientos) y el Estado focalizado. Los asentamientos asumen, para Merklen, el carácter de la espacialidad propia en la que es posible una nueva afiliación social de los desafiados. En primer término, porque es el territorio local el espacio en que se desarrollaron las luchas por la vivienda y los servicios básicos que comenzaron en la década del ‘80, las cuales fueron constituyendo un marco de acción y de relaciones cada vez más autónomo respecto del marco político y relacional del mundo del trabajo. La materialización de este marco de acción y relaciones propias del espacio territorial son los comedores populares, salitas de salud, ONG, organizaciones de base, organizaciones eclesíásticas, etc. En este sentido, el territorio local implica una politicidad diferenciada y una relación específica de las clases populares con lo político que se expresa en objetivos y en formas de organización radicalmente distintas de la sociedad salarial (cuya demanda es salario y su organización es la sindical). En segundo lugar, el territorio local opera también al nivel de soporte relacional de las familias y los individuos a partir del cual se puede hablar de una solidaridad de base territorial que sería cualitativamente distinta a la solidaridad de clase propia del mundo del trabajo. O sea, el asentamiento permite un tipo de organización y un tipo de solidaridad distintos (y autónomas) de la organización sindical y de la solidaridad de clase, propias de la “sociedad salarial perdida”.

El otro elemento que interviene en la transformación de la pura negatividad del marginado en politicidad, es el Estado. Merklen otorga un lugar central en su conceptualización a la modificación en los modos de hacer política del Estado, la denominada focalización y descentralización de las políticas sociales. A su juicio, esta mutación en las formas de intervención estatal realiza un doble movimiento. Por una parte, transforma a las organizaciones de carácter territorial en un interlocutor privilegiado del Estado. Esto redundaría en un proceso de fortalecimiento de estas organizaciones a través de su participación en las políticas sociales y en un proceso de fortalecimiento de la propia dimensión territorial de la política: “Esta *participación* adquiere una forma específica ya que significa siempre la implicación a escala local de las poblaciones definidas como objetivo y nunca el refuerzo del papel de los sindicatos, por ejemplo; sobre todo teniendo en cuenta que la cuestión social no es ya la cuestión de los trabajadores y de sus organizaciones: el objeto de las políticas sociales es en adelante una población pobre y no una clase trabajadora” (Merklen, 2005: 126).

En resumen, los dos conceptos en que se basa el planteo de la politicidad de las clases populares en Merklen (territorio local y Estado focalizado) están contruidos en espejo de una espacialidad y un Estado propios de la “afiliación” salarial: el sindicato y el Estado de políticas universales a través de derechos sociales.

Ahora bien, en este marco ¿cuáles son las características de la relación de las clases populares con lo político? Es aquí donde aparecen dos figuras en tensión en el análisis de Merklen: la de la ciudadanía y la del “cazador”: “No obstante, mientras el Estado funde la legitimidad de su acción pública sobre la base de ‘derechos’ (incluso cuando se muestra incapaz de garantizarlos), y mientras los hogares pobres dependan de recursos distribuidos por el Estado, una tensión se instala configurando al menos parcialmente la politicidad de las clases populares. Sobre esta tensión avanza la movilización colectiva. Efectivamente, si se adopta el punto de vista de las clases populares, se observa que la relación con el sistema político se encuentra tironeado desde un flanco por la urgencia de obtener recursos indispensables para la supervivencia (alimentos para el comedor popular, medicamentos para el centro de salud, servicios esenciales como el agua potable, subsidios sociales, etc.), y desde el otro por la existencia de una ciudadanía consagrada por la Constitución y la Ley, pero también por las tradiciones políticas sobre la base de las cuales las clases populares construyen, pese a todo, su voluntad de integración” (2005: 128).

O sea, que el tironeo (según lo llama Merklen) se produce entre la tradición de derechos sociales (de fuerte raigambre en nuestro país) y la necesidad. Y en ese tironeo, triunfa la urgencia, es decir, lo que Merklen llama la “lógica del cazador”¹² que (a diferencia del “agricultor” que acumula y puede prever y planificar) tiene que salir todos los días en busca de una presa. “Los pobres se encuentran más bien empujados a desarrollar estrategias de tipo ‘cazador’, es decir, con un refinado conocimiento de los sistemas políticos locales y de los recursos que cada temporada pone a su disposición” (2005: 129). Esta lógica no construye ciudadanía (como la construía el trabajo asalariado según Merklen) y además es una politicidad “estatal-dependiente”.

Esto abre, un problema para Merklen a la hora de pensar acerca de los límites de la politicidad de las clases populares. Dicho de otro modo, ¿cómo es posible alcanzar el *status* de “ciudadano” para los pobres, para quienes prima la “lógica del cazador”? ¿Cuáles son los derechos de esos “ciudadanos” que reemplacen a los derechos de los trabajadores? Merklen resuelve estas preguntas definiendo una “ciudadanía” propia de los pobres (¿ciudadanos de segunda?) cuyo horizonte de universalidad sólo está en la conciencia de las clases populares pero no en su vida cotidiana. El reclamo de “trabajo” por parte de las clases populares que el autor destaca como marca de una tradición nacional en la que el Estado debe garantizar el derecho a trabajar, indicaría para Merklen el “enclave” de una dimensión ciudadana de inclusión (de acumulación del tipo del agricultor) en la politicidad de los pobres urbanos. Sin embargo, como el mismo autor reconoce, el Estado territorializado no garantiza trabajo, garantiza —en el mejor de los casos— bolsones de comida y planes sociales obtenidos, no como derecho universal, sino como “presa” del cazador. Así, en el planteo de Merklen, el reclamo por trabajo que sería lo que permitiría un carácter de “ciudadanía” a la politicidad de las clases populares,

¹² “En fin, la ‘lógica del cazador’ viene a despejar tanto un comportamiento microsociológico, de vida cotidiana y sociabilidad, como un modo de *hacer política*” (Merklen, 2005: 18).

es más una nostalgia que el propio autor tiene respecto del pasado (nostalgia de la cohesión salarial perdida), que un rasgo de ciudadanía de la política en los barrios. De allí que, a la hora de traducir esa idea de ciudadanía a un programa político, los “progres-no-gorilas” reclaman, por ejemplo, una asignación universal por hijo (como lo hace Pino Solanas junto a Claudio Lozano en esta campaña electoral), política con la que acordaría Javier Auyero (y la visión peronista) quien ha sostenido la necesidad de universalizar los planes sociales (Auyero, 2005).

En síntesis, este *status* de “pobres ciudadanos” pone el techo de la politicidad de las clases populares en un lugar semejante al de Auyero (mal que le pese a Merklen): *en el barrio, como escala de la política* (lugar en que se desarrollan las redes sociales en Auyero y la inscripción territorial en Merklen) y *en el Estado asistencial-neoliberal como legitimador y garante de la política* (fuente última de recursos de los mediadores en Auyero y fortalecedor de lo territorial en Merklen). Ambos autores, cuya preocupación común es combatir las visiones elitistas sobre los sectores populares y la política, confinan a estos sectores a una política barrial y Estado-dependiente, “la política de los pobres ciudadanos”. Con amigos así...

ENTRE EL BARRIO Y LA FÁBRICA, LOS TRABAJADORES (O DE LOS LABERINTOS SE SALE POR ARRIBA)

Ambas visiones (la peronista y la progre-no-gorila) quedan encerradas en el laberinto de haber subido el piso (establecido en la “pre-política” por los gorilas), a costa de haber bajado el techo de la política de los pobres. La cosa está que asfixia.

El obstáculo para pensar la política de las clases subalternas como una política potencialmente autónoma del confinamiento barrial y del techo del Estado asistencial, está directamente relacionada con lo que señalábamos como gran acuerdo de origen entre ambas posiciones: que el trabajo asalariado no alcanza para todos porque estamos en una sociedad “post-salarial”. Este presupuesto lleva a una serie de *dicotomías* entre las cuales la fundamental es la establecida entre “el barrio” y “la fábrica”, como metáforas del ámbito de la producción y de la reproducción de la vida social. La noción de territorialización de la política (tal como está planteada) se basa y produce una *división absoluta entre lo que sucede en la fábrica y lo que sucede en el barrio, entre el ámbito de la producción y el de la reproducción*. Y produce también la idea (bastante naturalizada por cierto) de que cada uno de estos ámbitos tiene su propia forma de organización, con su lógica de organización y sus demandas, autónomas entre sí. Por un lado, el sindicato (revitalizado por 6 años de crecimiento económico); por el otro, los intendentes del conurbano. Con esta dicotomía, separan lo que el capitalismo (que no es Dios, pero nadie se atreve a cuestionar entre *bloggers* y académicos) ha unido a fuego, y sobretodo, a sangre: a los asalariados y a los “pobres” (los trabajadores golondrina, los jóvenes ultra precarizados de las villas y asentamientos, los desocupados crónicos). Con esta dicotomía, niegan que los “pobres” (sobre los que se preguntan por su politicidad), lejos de ser una categoría social autónoma (lo que no niega especificidades en prácticas culturales, sociales y

políticas) están intrínsecamente unidos a los asalariados en tanto conforman lo que Marx llamó la superpoblación obrera relativa¹³, como afirmación y no como negación de la sociedad basada en el trabajo asalariado. Uno de los conceptos que, entre otros, entró en la hoguera de las ideas durante el neoliberalismo. “Pero si una superpoblación obrera es el producto necesario de la acumulación o del desarrollo de la riqueza sobre una base capitalista, esta superpoblación se convierte, a su vez, en palanca de la acumulación capitalista, e incluso en *condición de existencia del modo capitalista de producción*. Constituye un *ejército industrial de reserva a disposición del capital*, que le pertenece a éste tan absolutamente como si lo hubiera criado a sus expensas. Esa superpoblación crea, para las variables necesidades de valorización del capital, el material humano explotable y siempre disponible, independientemente de los límites del aumento real experimentado por la población” (Marx, 2004: 786-787).

La experiencia reciente en nuestro país, obliga a una reflexión sobre este concepto en particular (reflexión que no circula por blogs políticos, ni *papers* académicos). De 2003/2004 en adelante, mientras las corrientes dominantes de las ciencias sociales académicas (de las que se nutren ambas posiciones expuestas hoy aquí: la peronista y la progre-no-gorila) hurgaban en la politicidad intrínseca de los desafiados, la política de los asalariados se hizo presente con fuerza. Más aún, lo hizo (en muchos casos) de la mano de los jóvenes que las ciencias sociales habían catalogado “desafiados de toda desafiación”: los jóvenes precarizados que por primera vez tenían un trabajo relativamente estable. Los desocupados y subocupados que pueblan los barrios del conurbano bonaerense mostraron que, lejos de ser una especie de nueva categoría social ontológicamente “desafiada”, son más bien un sector plausible de ser “afiado”. En ese sector las empresas encontraron la mano de obra necesaria (y abaratada por la precarización) para surfear la ola de crecimiento económico “a tasas chinas” y multiplicar ganancias. Muchos de los que hasta ayer eran “desafiados” se volvieron asalariados, las más de las veces precarizados. Muchos de los que hasta ayer (y allí residió la mayor base de apoyo popular del kirchnerismo) eran mantenidos por el Estado en los límites de la indigencia a través de los planes trabajar, se volvieron asalariados en los límites de la pobreza a través del trabajo precarizado (por más que Don Carlos pretenda convencernos de lo tentador del blanqueo de trabajadores después de 6 años de crecimiento récord en que los mantuvo en negro¹⁴).

La actual crisis económica, y el retorno de los despidos y suspensiones, pone en evidencia, en muy breve tiempo y sin piedad, la importancia que asume este sector de la población potencialmente adaptable a las necesidades de la acumulación: precarizados y desocupados en los noventa, mega desocupados en la crisis

¹³ El término “relativa” tiene una doble dimensión. Es relativa porque su carácter de “sobrante” está determinado por la ley de acumulación del capital y no por una ley intrínseca (o natural) de la población en general; y es relativa porque fluctúa según las contracciones y expansiones de los ciclos económicos.

¹⁴ Véase propaganda institucional de la AFIP.

de 2001-2002; re-ocupados y siempre precarizados entre 2003-2008; ¿desocupados nuevamente de aquí en adelante? Eso está por verse, por suerte esto no se decide en los debates de ideas sino en la lucha de clases.

Lo que es seguro, es que la pregunta por la autonomía política de las clases populares sin tomar el carácter necesario de la relación entre asalariados y pobres urbanos para la acumulación capitalista, y sin considerar el papel central del Estado territorializado como garante de esa relación es, en el mejor de los casos, idealista. ¿Acaso no fue el Estado en manos del peronismo de Duhalde –asesorado por el FMI– el que lanzó los 2 millones de planes trabajar cuando la desocupación batía récords en Argentina? ¿Y no fue el Estado en manos del peronismo de Kirchner quien mantuvo esos planes en \$150 cuando había “absorción” de mano de obra de alrededor de 3 millones de hombres y mujeres? En definitiva, el Estado “regula” la mantención en la miseria (pero mantención al fin) de millones de “afiliados en condición de desafiliados”, en función de las necesidades del llamado mercado de trabajo (eufemismo que denomina las contracciones y expansiones de la acumulación capitalista).

De allí que cuando Merklen aspira a que sea el Estado el que garantice trabajo para todos y, de ese modo, las clases populares accedan a una ciudadanía “de primera”, su aspiración se ve frustrada porque el Estado reparte bolsones y planes, pero no trabajo. Si el Estado diera trabajo y bien pago, ¿de dónde sacaría Don Carlos los 8 obreros que contrató en negro desde 2003 a 2009 que le permitieron “salvar el boliche” según nos cuenta orgulloso en ese inédito acto de sinceramiento televisivo del gobierno?

La dicotomía entre barrio y fábrica, el confinamiento de los “pobres” en los barrios clientelizados, y de los asalariados en las fábricas corporativizadas es el primer obstáculo para pensar una política autónoma de las clases subalternas¹⁵.

¹⁵ Esta dicotomía que plantea la noción de territorialización de la política produce, *una división disciplinar al interior de la producción académica en Ciencias Sociales*. Por una parte, se desarrollan los estudios de las protestas sociales, nuevos repertorios de acción colectiva, nuevas formas de organización que intentan indagar en la configuración de nuevos escenarios políticos, nuevos “actores”, nuevas fuerzas, etc. Es decir, los estudios concentrados en los barrios de desocupación masiva. Por otra, se desarrollan los estudios del denominado “mundo del trabajo” que abordan tres ejes. Las modificaciones organizativas y tecnológicas en los lugares de trabajo, los mecanismos de disciplinamiento y control en el proceso de trabajo, y sus impactos en la subjetividad de los trabajadores, por un lado. Las modificaciones en el mercado de trabajo, por otro. Y las modificaciones en la estructura sindical argentina y los niveles de sindicalización, en tercer término. Todas temáticas que, si bien de importancia fundamental para comprender la formas de explotación, la composición objetiva de los asalariados en la actualidad y el estado de los sindicatos; no se preguntan por las formas de hacer política de los trabajadores, sus nuevas formas de organización desde abajo, de acción colectiva, de protesta, y tienden a reducir la politicidad de los asalariados a las “micro” resistencias, las más de las veces de carácter individual, o a fusionar dicha politicidad con el accionar de las cúpulas sindicales. Esto ha producido una *invisibilización de la vida política de los trabajadores asalariados* y por ende de la indagación sobre sus características principales, sus cambios en los últimos años, los hilos de continuidad y ruptura con las tradiciones del movimiento obrero en nuestro país. Habiéndose concentrado los

Dicho en los términos de Merklen, es el primer obstáculo para una ciudadanía de los pobres. ¿Cómo podrían los “pobres urbanos” construir autonomía política respecto del Estado-neoliberal y el peronismo-clientelar sin poder construirla *socialmente* respecto de la asistencia estatal vía clientelismo inscripto territorialmente? Lo político, disociado de lo social, no puede sino ser *político-estatal* y en tal sentido absorbido por el Estado-neoliberal. En este sentido, Sabina Frederic es quien más claramente plantea la respuesta a esta encrucijada *naturalizando la estatalización de la política de los pobres*, lo que requiere, en su planteo, estatalizarlos también en términos sociales para cerrar el “desacople” entre lo social y lo político. Los “pobres”, pasan así a un *status* de “dopados políticos” cuyo margen de autonomía es el que produce el propio Estado-neoliberal. Más allá de Frederic, al tomar los barrios como unidades independientes, opuestas a las fábricas, y como único terreno de politización de las clases populares, la pregunta por la autonomía de las clases subalternas tiende a tener, en definitiva, la respuesta que da Frederic: la imposibilidad de autonomía.

Las organizaciones piqueteras, que sorprendieron a los teóricos de la desafiliación, negaron empíricamente la imposibilidad de autonomía porque constituyeron un intento, contradictorio y conflictivo, de construcción de independencia relativa del Estado asistencialista y del peronismo clientelar. Para hacerlo rompieron los márgenes del barrio y desdibujaron su carácter de unidad homogénea e independiente, saliendo a las rutas. Las rutas, en tanto espacio de tránsito de personas y bienes, es también espacio de transición entre la fábrica y el barrio, entre la producción y la reproducción. Es la *relación*, no la división absoluta, entre la fábrica y el barrio que los piqueteros establecieron *en* la ruta, como espacio de transición, la que permitió sus márgenes de autonomía. En algunos casos específicos¹⁶, la perforación de la frontera entre producción y reproducción llegó del “barrio a la fábrica” y de “la fábrica al barrio” en forma *directa*, como es el caso de la relación entre la fábrica “Zanon bajo control obrero” y el Movimiento de Trabajadores Desocupados de Neuquén, en la que conformaron organismos asamblearios comunes (como la Coordinadora del Alto Valle¹⁷) y, a partir de esa política de coordinación, se incorporaron alrededor de 200 piqueteros del

estudios sobre nuevas formas de politicidad “desde abajo” exclusivamente en los barrios de desocupación masiva, se dejó afuera todos aquellos “barrios populares” o barrios obreros, en los cuales la década del noventa implicó, en el sector de la clase trabajadora que conservó el empleo, modificaciones también sustanciales de su politicidad. Es decir se dejó afuera la vida política de los barrios de trabajadores asalariados, que representan, especialmente en nuestro país, un porcentaje muy alto de los denominados “sectores populares”.

¹⁶ Hubo también una experiencia de relación entre un sector de organizaciones piqueteras de la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense, y la lista de oposición a la dirección de la UF en el Ferrocarril Roca, a partir de la cual, trabajadores desocupados de dichas organizaciones entraron a trabajar como parte del plantel ferroviario, luego de una serie de cortes de vías realizados en forma conjunta entre los trabajadores del ferrocarril y los piqueteros.

¹⁷ La Coordinadora del Alto Valle nucleaba también, además de trabajadores desocupados y obreros de Zanon, gremios estatales de docentes y de la salud, organizaciones estudiantiles de la Universidad Nacional del Comahue, entre otros.

MTD, Barrios de Pie y otras organizaciones piqueteras, a la fábrica¹⁸. Sin embargo, la relación *directa* entre espacio de la producción y de la reproducción no fue la tendencia general en el movimiento piquetero. Ni a través del intento de establecimiento de políticas comunes con sectores de trabajadores ocupados, ni a través del establecimiento de organizaciones comunes. Ese fue, de hecho, uno de los grandes límites del movimiento piquetero.

La búsqueda de la autonomía política de las clases subalternas es imposible sin restituir (teórica y políticamente) la unidad (que nunca es homogeneidad) de sus distintos sectores para romper el techo del clientelismo en los barrios, pero para romper también el corralito del corporativismo en las fábricas. Sin idealizaciones, la ruptura de estos techos implica enfrentar al peronismo en su versión clientelar y sindical. Es decir, en sus dos “patas” que en estas elecciones se manifestaron con claridad en la conformación de las listas plagadas de intendentes, pero para sorpresa de algunos, también de burócratas sindicales. Intendentes y burócratas sindicales (de allí su lugar en las listas) son los dirigentes del partido de “la política de los pobres” en los barrios y de la política de los asalariados confinada a fábricas y sindicatos. Y son, por ende, la garantía de esa división.

Los blogs políticos que hoy discuten entusiasmados el retorno del “actor sindical” (luego del acto de Moyano en la 9 de julio) y disparan contra las teorías hegemónicas en la década del noventa, no se preguntan, sin embargo (y allí se vuelven noventistas en su espíritu conformista), por la potencialidad de los sindicatos para ser instrumento de la superación de la “política de los pobres” de los noventa. Si desde los barrios, escindidos de las organizaciones de los asalariados, la ciudadanía soñada por Merklen se vuelve la de los “pobres ciudadanos”, la pregunta es si desde las fábricas y los sindicatos, se puede aspirar a una más ambiciosa “política de los pobres” que supere la clientelización y la miseria como estado de naturaleza incuestionable. Pensar, en definitiva, a las clases subalternas como sujetos que hagan peligrar la “gran política” de las clases dominantes; pensarlos como “sujetos peligrosos”.

¹⁸ Para un análisis de la experiencia de Zanon véase Aiziczon (2009), Meyer y Cháves (2008).

BIBLIOGRAFÍA

- Aiziczon, Fernando (2009), *Zanon, una experiencia de lucha obrera*, Bs. As., Herramienta.
- Auyero, Javier (1998), “Desde el punto de vista del cliente. Representando el *tropo* del clientelismo político”, *Apuntes de Investigación CECyP* N° 2/3, Bs.As., noviembre.
- (2001), *La Política de los Pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Bs. As., Manantial.
- (2002), “Los cambios en los repertorios de protesta social en Argentina”, en *Desarrollo Económico* vol. 42, N° 166, Bs. As., septiembre.
- (2005), “Buscan cuestionar los planes”, *Página/12*, 13/09/05.
- Castel, Robert (1995), “¿Por qué la clase obrera perdió la partida?” en *Actual Marx. Las nuevas relaciones de clase*. Congreso Marx Internacional II, Bs. As., Edición K&ai.
- Chingo, Juan et al. (1999), “¿Crisis del trabajo” o crisis del capitalismo?, *Estrategia Internacional* N° 11/12, Bs. As., abril/mayo.
- Frederic, Sabina (2004), *Buenos vecinos, malos políticos, Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires*, Bs. As., Prometeo Libros.
- (2008), “Trabajo barrial, reconocimiento y desigualdad en Lomas de Zamora, 1990-2005” en Grimson, Ferraudi y Segura (comps.), *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Bs. As., Prometeo Libros.
- Grimson, Alejandro et al. (2003), “La vida organizacional en zonas populares de Buenos Aires”, disponible en www.prc.utexas.edu/urbancenter/documents.
- Levitsky, Steven (2005), *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Bs. As., Siglo XXI, Editora Iberoamericana.
- Maneiro, María (2008), “La doble vía de la experiencia en los movimientos de trabajadores desocupados” en Robinson Salazar Pérez y Paula Lenguita (comps.) *Resistencias laborales*, Librosenred (en prensa).
- Marx, Karl (2004), *El Capital*, Tomo I, Vol.3, Bs. As., Siglo XXI.
- Merklen, Denis (2005), *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Bs. As., Gorla.
- (2006), “Los pobres están condenados a la participación”, *Página/12*, 23/01/06.
- Meyer, Laura y Cháves, María (2008), “Aires de libertad. Zanon bajo *gestión obrera*” en *OSAL* N° 24, Bs. As., septiembre.
- Sigal, Silvia (2005), prefacio a Merklen (2005).
- Swampa, Maristella (2005), *La sociedad excluyente*, Bs. As., Taurus.
- Tilly, Charles (2000), “Acción colectiva”, en *Apuntes de investigación del CECyP*, Bs. As.
- Werner, Ruth y Aguirre, Facundo (2004), “El movimiento piquetero. Entre la lucha de clases y la institucionalización” en *Estrategia Internacional* N° 21, Bs. As., septiembre.

